

EL ÚLTIMO MANUSCRITO

CAPÍTULO I: El juramento

Mañana soleada se presentaba aquel día cuando mi padre me llevó al templo de Cartago de la mano. Aquel día, al igual que el de mis victorias, no ha salido jamás de mis mientes. Mi padre Amílcar fue conocido general, al igual que yo lo soy, y desde un inicio seguí con interés su labor. Tenía yo entonces nueve años cuando acepté unirme a la nueva expedición de mi progenitor en la península ibérica. Amílcar me ordenó que pusiera mi mano sobre el cuerpo de la víctima del sacrificio, e hízome jurar que jamás serían mis acercamientos hacia Roma con mayor intención más que el dolor de sus ejércitos, el temor de sus pueblos y la destrucción de su imperio. Reconozco que este es un salto importante en el tiempo, mas cuando fallecieron mi padre Amílcar y mi cuñado, juré junto a mis hermanos, Asdrúbal y Magón, el odio eterno a Roma. Un odio furioso y repleto de sed de venganza, con un cierto toque de impotencia al no poder recuperar a nuestro padre, gran genio militar, y a su vez, una enorme inspiración.

A mis veinticinco años de edad, tras la muerte de mi progenitor, se me proclama líder de las tropas cartaginesas al ser el mayor de mis hermanos. La ruina de mi imperio, Cartago, era notoria. Pese a mi completo orgullo, he de admitir que estaba todo destrozado. Todo esto se debe a nuestra derrota en la guerra púnica. Además, tuvimos que dividirnos la península ibérica con los romanos. Todo territorio al sur del río Ebro era de nuestro haber. Mas cómo no, aquellos romanos intentaron hacerse con una ciudad de las nuestras, Sagunto. Fue seguro una excusa para iniciar una nueva guerra y acabar con nuestro imperio; cortar el problema de raíz. Sabía las intenciones de aquellos pretenciosos, y mi orgullo debe pesar más que el suyo. Por lo que a pesar de las cartas que me mandaron, decidí atacar, pues al fin y al cabo, la ciudad era nuestra, y era cuestión de tiempo que pagasen su multa. Aquellos que empezaron primero se sintieron ultrajados y provocaron una nueva guerra púnica tras no haberme entregado.

Alimañas sensibles y exigentes... Al igual que ellos, que querían cortar el problema de raíz, decidí no quedarme atrás. Si bien es cierto que nuestro ejército era majestuoso, nuestras flotas habían sido completamente destruidas. Por ende, aun a sabiendas de que esta idea era arriesgada, tortuosa, y de nuevo arriesgada, se me ocurrió atravesar los anchos Pirineos y los extensos Alpes a pie. Esto junto a cincuenta mil soldados de infantería, nueve mil de caballería y treinta y siete enormes elefantes, la orgullosa joya de nuestras tropas, traídos desde nuestra capital, Cartago. Presento mi plan como la hazaña que haría de nuestro imperio el más grande de la historia, y así, marchamos hacia el norte para comenzar nuestra misión.

CAPÍTULO II: Travesía

Créame que mi persona sabe bien lo que urdió al idear la expedición. Mi plan hizo que llegáramos antes a los Alpes, aunque tuviésemos que enfrentarnos a tribus indígenas en repetidas ocasiones, pero que vencimos con nuestras grandiosas tropas. Durante la expedición por los Pirineos, perdimos nobles hombres, al igual que deshicimos de traidores y desleales. A pesar de todos los estragos, mi acercamiento hacia los soldados siempre fue frecuente. Traté de levantar el ánimo de mis tropas. Podrán acusarme de miles de formas como ya han hecho, pero jamás de indiferente ante mis soldados, y menos de necio. Distribuí a muchos espías que nos libraron de trampas planeadas por tribus, quienes querían evitar que atravesáramos las montañas. Tuvimos problemas menores con los elefantes; tiritaban al ver la nieve por primera vez. Todos estos problemas nos llevaron finalmente a los Alpes. Tuvimos bloqueos de travesías, en los que di orden de prender fuego y verter vinagre sobre las piedras causantes de los cierres, las cuales explotaron y desbloquearon el paso con éxito. Confiamos en otro guía de lenguas falsas, quien nos llevó por una ruta más larga y enrevesada, que casi nos lleva al abismo y causa nuestra muerte; mas cuando llegué a percatarme, le ejecuté frente a todo mi ejército, y su sangre humedeció y contrastó con la blanca nieve. La traición está igual de castigada en mi imperio que el asesinato si yo estoy en el control. El honor, el compromiso y la lealtad son valores fundamentales para mi estima, y sobre todo en la guerra; así será siempre, pues la guerra nunca cambia ni cambiará.

No obstante, a pesar de todas aquellas dificultades, al bajar de las montañas, resulté con un solo elefante y mi ejército se había reducido a la mitad. Sin embargo, ahora nuestra legión era la más leal y fuerte que se ha podido ver jamás. Dejé ir a todos aquellos que se rindieron, castigué a todo aquel traidor cual romano y enterré con honor a todo hombre que quedó por el camino. Todas las aventuras vividas y la resistencia de mis tropas me motivaban más a la continuidad de la misión. Finalmente llegamos a Cannas, donde establecimos nuestro campamento y dejé a mis hombres descansar hasta el siguiente movimiento de los romanos. Creo que todo aquel fervientemente interesado en mi legado y la historia de mis victorias sabe que derrotamos a todos esos estúpidos romanos en cuestión de jornadas. Cuando el insensato de Lucio Emilio Paulo, a quien tanto estudié, y conocía sus ansias de atacar, retiró a su ejército de su campamento y cruzaron el río para hostilizarnos, supe qué hacer: acorralar a su legión en un acantilado y arrasar con todos ellos. Allí murieron tantos romanos que hasta la sangre del suelo saboreábase dulce seguramente. Pero esto no es lo que déjame pensando en estos escritos.

CAPÍTULO III: Escipión el Africano

“Delenda est Carthago” decían los aliados de mi viejo amigo Escipión el Africano. Jamás acérqueme a él más que en aquel encontronazo en el Ródano junto a su padre Escipión. Enfrénteme a él en aquella batalla de Zama, cerca de mi querida Cartago. Mis victorias suman a mi soberbia el pensamiento de ser buen líder; por tanto, tras aquella batalla de Zama, quedé destrozado por la forma tan digna en la que acabé siendo derrotado. Lo que me deja pensando, y lo que causa la existencia de estos manuscritos, es la siguiente paradoja: ¿He traicionado el juramento de mi padre al admirar a este aliado de Roma? No lo creo, pese a sentir una cierta admiración por sus tácticas y estrategias militares.

Ciertamente, le odio, pues sé que por su culpa mi hermano Asdrúbal fue degollado, y lo sé pues tiraron su cráneo desfallecido a mis campamentos. Sucios romanos... También se hicieron con la península ibérica tras la muerte de mi hermano. Deseo con toda mi fuerza, la cual no es leve, que sus dioses algún día les abandonen por la repugnancia de su forma de ser y sus actos deleznable. Tuvieron suerte de que no tomé Roma por culpa de Imilce, mi mujer, quien tantas veces me pidió que no lo hiciera, pues temía por la venganza de los dioses contra mis actos y mi consecuente fallecimiento.

Aquel hombre, Escipión, fue sin embargo benévolo ante mi derrota. Firmamos la paz allí, en Zama. Como he mencionado anteriormente, tras huir tantas veces por culpa de Roma, pude entrevistarme con él en alguna ocasión. Las miradas fugaces de admiración que lanzaba en ocasiones a mis palabras eran pronunciadas, mas no molestas. Hacíame sentir admirado, y aquello sumaba más a mi egotismo — lo cual, para mí, es un placer —. Aun así, no era de mi interés mostrarlo. Me gustaría que me recuerden como un hombre recto, nulo de sentimientos, pero leal a mis ideales; duro con lo que respecta al juramento y la lealtad. Por eso, nunca le demostré admiración, a pesar de que la siento. Aunque este sentimiento rellenas mis mientes, siempre he considerado y considero a mi persona mucho mejor general que él, mas no quita mi encandilamiento. Por ende, a pesar de mis encuentros con Escipión, temo por haber roto mi juramento, pues esta desmedida fascinación en la guerra es insufrible.

Sé que alguno habrá quedado con ganas de más. Ahora debo marchar, porque los romanos buscan mi cabeza. Prefiero morir ahora antes de que mi cuerpo acabe en manos de Roma. Este veneno aquí presente en esta mesa será el único testigo de mi último aliento. Que así sea. Libremos a los romanos de sus inquietudes, ya que no saben esperar la muerte de un anciano.

